

Prof. Yalile Sánchez H.
 Psicóloga
 Universidad Nacional de Colombia-Bogotá

PSICOLOGÍA Y ÉTICA

IMPLICACIONES DEL PREDOMINIO CIENTIFICISTA EN PSICOLOGÍA

Es inevitable en la actualidad enfrentarnos a la paradoja que significa el progreso científico-técnico, en el mundo de hoy, pues al mismo tiempo que le abre al hombre nuevas posibilidades, se hace evidente que pone en peligro la propia supervivencia de la especie humana. Pero como dice Cortina, quien amenaza realmente la supervivencia de la especie humana es aquel “tipo de reflexión filosófica que posibilita utilizar los avances científicos para la destrucción cósmica, porque identifica racionalidad y científicidad técnica, declarando irracional toda propuesta de moralidad. A este tipo de reflexión filosófica es al que denominamos ‘cientificismo’”¹.

Teniendo presente que la impronta científicista-positivista ha dejado de alguna manera sus huellas en los distintos desarrollos de la psicología, es necesario para acercar la psicología y la reflexión ética, analizar algunas de las formas que ha tomado este científicismo en el estudio de los problemas humanos.

“El científicismo contemporáneo hunde sus raíces en el positivismo de Comte y Mach y recibe el más amplio desarrollo en el neopositivismo lógico occidental. Consiste según Habermas, en la ‘actitud (*Stellung*) de que una filosofía científica debe proceder como las ciencias mismas *intentione recta*, es decir, tener el objeto ante sí (y no puede asegurarse de sí misma reflexivamente)’. Frente a la tradición europea de la filosofía de la reflexión, iniciada por Kant, que pretende desentrañar las condiciones que hacen posible el conocimiento teórico y el saber práctico y, por tanto, la unión y fundamentación de ambos,

el científicismo renuncia a denominar ‘saber’ a la reflexión práctica y reduce a ‘objetivismo’ la objetividad del conocimiento. Si únicamente puede considerarse ‘saber objetivo’ al que tiene ante sí el objeto, no hay más objetividad que la del saber científico y de ahí que ‘cientificismo’ signifique—en palabras de Habermas— ‘la fe de la ciencia en sí misma, es decir la convicción de que no podemos entender ya la ciencia como una forma de conocimiento posible, sino identificar el conocimiento con la ciencia’. Ello comportará la escisión teoría-praxis, conocimiento-decisión, reservando para la teoría y el conocimiento (científicos) toda posible objetividad y racionalidad, mientras que las decisiones morales quedan relegadas al ámbito subjetivo de los sentimientos y las preferencias irracionales”².

¹ A. Cortina. *Ética mínima*. Madrid, Tecnos, 1986, 83.

² Ob. cit., 84.

Es claro entonces, que sólo bajo las condiciones de un distanciamiento de tal cientificismo, es posible un acercamiento de la psicología a la ética.

Cuando el conocimiento científico se define como el conocimiento, la ciencia se aísla de todos los demás tipos de saber que el hombre ha desarrollado y el conocimiento y la verdad científicas se convierten en un nuevo mito. Se excluye así, la posibilidad de un dialogo entre diferentes saberes, científicos, éticos, estéticos, religiosos,... orientado a darle un horizonte de sentido a los interrogantes que se hace el ser humano y que son en realidad el contexto en el cual se origina la ciencia. En efecto, el descabezamiento de la ciencia³ que hizo el positivismo, al considerar que la reflexión sobre el sentido, las finalidades y los supuestos con los cuales trabaja el científico son algo externo a la ciencia misma, es el resultado de darle prioridad a unos valores, así sea de forma implícita. El hecho de colocar el conocimiento científico en el pedestal de verdad única, absolutiza este tipo de verdad como valor único.

³ A esta situación se refiere G. Hoyos en los siguientes términos: «El intento originario de las ciencias sociales por comprender desde la reflexión crítica y desde las posibilidades de libertad y praxis, la complejidad de la experiencia humana, queda hoy defraudado al haberse positivizado las ciencias sociales, seducidas por el ideal de exactitud y objetividad de las ciencias empíricas e incómodas por su vecindad con la reflexión filosófica.. El positivismo es la negación de la reflexión, diagnostica J. Habermas. Antes había afirmado enfáticamente Husserl que el positivismo decapita la filosofía. Hoyos, G. «Kant y las Ciencias Sociales» en *El sujeto como objeto de las ciencias sociales*. Bogotá, CINEP, 1982, 33.

La ciencia se convierte en un valor incuestionable. Los conceptos científicos son precisos, los términos empleados deben tener significados unívocos, el ideal de exactitud y objetividad busca erradicar toda ambivalencia y no requiere de la interpretación. La ciencia no puede ser reflexiva, el conocimiento se considera independiente de los intereses del investigador, y se legitima a través de un único valor, la eficacia y la utilidad. La neutralidad valorativa que se proclama hace parte de esta mitificación de la verdad científica.

Las separaciones entre teoría y práctica, entre contexto de verificación y contexto de aplicación que desde aquí se hacen, descarta que los supuestos y los efectos que ocasiona la ciencia, se consideren parte de la ciencia misma. En el marco del dualismo entre hechos y valores, las ciencias humanas se enfrenten de manera implícita a una falsa opción: entre objetividad científica y reflexión ética; quedando esta última relegada a espacios que supuestamente no corresponden a la ciencia, ni a los científicos, sino a quienes aplican el conocimiento científico. Es este el lugar que le da el positivismo al problema ético y que de alguna manera se generalizó dentro de la ciencia contemporánea, lo cual conlleva que las diferentes disciplinas, incluidas las psicológicas, se desentiendan de la ética.

En psicología, la concepción de la verdad obtenida a través del método, que identifica ciencia y objetividad, excluyendo cualquier referencia a uno u otro valor y que sólo tiene en cuenta las propiedades observables de la acción humana, tiene dificultades para referirse al agente humano; y como los contenidos valorativos implican de una u otra forma la referencia a un sujeto que interpreta y argumenta, termina por constituirse en una ciencia sin sujeto. A tal punto llega la oposición, que reivin-

dicar un lugar para la reflexión ética, implica reivindicar un lugar para el sujeto y para la búsqueda de sentido que siempre ha hecho parte de la experiencia humana.

Toda teorización, toda investigación, se desarrollan partiendo de unos presupuestos, unos conceptos de hombre, sociedad, ciencia, entre otros, así como unos puntos de vista en torno a los propósitos, resultados y utilidades del conocimiento; no es en la aplicación que surge el problema ético, es en el inicio mismo del conocimiento, desde la formulación misma del problema-objeto de estudio de la disciplina.

Precisamente donde se articulan los distintos aspectos (supuestos y consecuencias) que tienen que ver con la dimensión ética, es en la concepción de ser humano con la cual trabaja la ciencia y muy particularmente los diferentes desarrollos disciplinares de la psicología. Es entonces, la concepción de sujeto la que define el lugar de la reflexión ética, en cada uno de los enfoques. Lugar donde la ciencia social recupera su conexión con las preguntas acerca de la finalidad y del para qué de la investigación, preguntas que remiten a la dimensión ética y política. En tales condiciones el análisis de las teorizaciones que han sido elaboradas dentro de la psicología sobre el sujeto, podría ayudarnos en esta reflexión acerca del vínculo ética-psicología.

Es necesario decir que la insuficiente reflexión crítica sobre el sentido del saber y quehacer del psicólogo en este final de siglo, está íntimamente relacionada no solamente con el predominio de este paradigma cientificista, sino también con la sociedad consumista y tecnocrática en que vivimos y su redimensionamiento, por lo tanto no se separa de la búsqueda de sentido del hombre de hoy.

EL SENTIDO DE LA INTERVENCIÓN DEL PSICÓLOGO

A nivel ético nos movemos dentro de una gran paradoja: la neutralidad valorativa desde la cual se sustenta el conocimiento científico en realidad lo que hace es abrir el campo para la incidencia de unos pre-juicios, de unos valores. Al plantearse como un punto de partida la neutralidad del científico no se están suprimiendo o erradicando los intereses, sentimientos, las convicciones, que todos poseemos y que tienen su origen en nuestra pertenencia a una cultura, simplemente se supone que se pueden dejar por fuera, en el marco de los procedimientos asépticos de la ciencia. Pero en realidad negar la relación con los contenidos valorativos, de los cuales todos somos portadores, lo que hace es entronizar unas valoraciones particulares.

Por el contrario la explicitación y el reconocimiento de los propios intereses y valores da la posibilidad de la objetividad por el camino de la intersubjetividad, la argumentación, la confrontación y la discusión de los distintos puntos de vista; dando lugar para que no haya imposición de valores u opciones camufladas, para que los involucrados hagan su propia elección.

No es desde el exterior de la ciencia, que la reflexión ética puede aportar en la comprensión de las acciones humanas; es desde el interior mismo, a partir de los supuestos que ella asume, desde una u otra concepción del sujeto humano que puede interpretarse y reconstruirse el sentido de la actividad humana. Y es desde esa concepción de sujeto que se teoriza y se interviene y se legitima uno u otro rol del psicólogo. Las prácticas sociales que realiza el psicólogo requieren un control, pero un control interno, una autorregulación por parte de los propios implicados.

Autorregulación sustentada en una concepción de hombre que le dé cabida de alguna manera a la autodeterminación, siendo críticos frente a cualquier intento de manipulación a nombre de cualquier valor, así sea el valor camuflado de la verdad científica. Cuando una teorización toma como punto de partida un determinismo subjetivista u objetivista, mecánico, de manera tal que no deja ningún espacio para la intervención del propio sujeto, para decidir y argumentar sus opciones, el ser humano es convertido en un simple títere de algún tipo de circunstancias. En medio de la consideración de las múltiples y distintas condiciones de tipo externo e interno que actúan en la determinación de los actos humanos, debe haber siempre un espacio para la "autonomía" y aquí tiene un lugar la capacidad humana de decidir, de elegir y dar razones y hacerse (en una cierta medida) cargo de sí, de sentirse responsable. Y es en esta dirección que actúa toda intervención clínica o educativa, en busca de ampliar y potenciar esa pequeña fisura donde tienen lugar las decisiones del sujeto y donde el hombre planea y se propone metas a alcanzar, y realiza opciones. Es hacia allí, a donde se debe dirigir la intervención del psicólogo, aportando hacia la construcción de espacios de autonomía, frente a la heteronomía que caracteriza el proceso de socialización e inscripción del hombre en un orden cultural determinado. Es este sujeto heterónimo de nacimiento, necesitado y dependiente de los otros, que requiere de unas condiciones socioculturales, de unas interacciones sociales, el que a su vez necesita que estas mismas prácticas le aporten en dirección a construir espacios de autonomía.

Es en este contexto que es posible pensar las posibilidades y límites de la intervención del psicólogo y de cual-

quier otro profesional. El psicólogo habla e interviene a nombre de un conocimiento sobre el sujeto, con el poder y legitimidad social que este le da, lo cual no significa que se pueda hacer con el otro lo que se quiera. Es aquí donde tiene lugar la pregunta por la ética del psicólogo, con el entendimiento de los límites y posibilidades que tiene el situarse frente a un sujeto participante, frente a la necesidad de posibilitar espacios de autonomía y ante los peligros de manipulación y cosificación que una sociedad como la que vivimos plantea, a partir de unas demandas específicas de intervención.

La psicología puede responder ante las demandas que le hace la sociedad buscando clarificar e inclusive modificar estas demandas, aportando en la construcción de estrategias de apertura hacia este sujeto, o puede intentar satisfacer simplemente estas demandas, afirmándolas e incluso escudándose en las representaciones que ellas vehiculan. Y entonces el psicólogo se atribuirá un poder ilimitado, detrás de un discurso cientificista, terminará interviniendo y manipulando a nombre de unos valores implícitos no cuestionados, como un aplicador de técnicas o como amigo-consejero o como controlador o evaluador de unas competencias.

LA BÚSQUEDA DE UNA ÉTICA PARA LA PSICOLOGÍA

La discusión sobre los límites de su intervención, debe llevar a la psicología ante todo a darle un lugar a la reflexión sobre sus prácticas investigativas y profesionales en la sociedad actual. Y esta reflexión es ante todo ética, y uno de los espacios donde ella tiene lugar es el de las concepciones de persona, de sociedad, de cultura, con las cuales trabajan hoy las ciencias humanas.

De forma particular, en la medida en que “el cargo” de psicólogo conduce a ejercer un poder sobre el otro, que debería acompañarse de un sentimiento de responsabilidad, es difícil para el profesional de la psicología, eludir la cuestión ética. Pero ésta no es reducible a un conjunto de preceptos o de prohibiciones, se trata ante todo de un sentimiento de confianza en el ser humano, en sus posibilidades, una especie de convicción acerca de que la aventura humana posee un sentido, cuyo establecimiento y construcción permite hacer una contribución.

Una de las primeras obligaciones éticas de un científico social es la de poder defender el modo de ser de su cientificidad. Por lo tanto desde la disciplina y/o la profesión, el psicólogo debe querer y creer en su oficio, a tal punto que la pregunta por la ética, lo remita a su compromiso social, a sus intervenciones, a su modo de ser social. Es entonces, la reflexividad hacia su propio saber y hacia su propia práctica la que puede responder sobre la pregunta por la ética. Es el trabajo que el psicólogo hace sobre él mismo, en tanto que profesional, el que puede dar respuesta a los interrogantes por sus exigencias morales e intelectuales, dado que no es posible dislocar el pensar la verdad, de la tarea de pensar acerca de lo que es correcto, o justo, o bueno. En consecuencia, estamos hablando de un profesional crítico frente a su propio rol, inconforme con las circunstancias sociales que vivimos; que desarrolla permanentemente el ejercicio crítico de interrogarse sobre los contenidos explícitos e implícitos de su propio saber y de las consecuencias de su accionar social.

La psicología no se puede reducir ni en sus componentes disciplinares ni en sus componentes profesionales, a unas competencias, o a unas técnicas,

o unas habilidades o destrezas, por lo tanto se hace necesario, sensibilizar durante la formación a los futuros psicólogos sobre la “incompletud” del propio saber científico, acerca de las implicaciones éticas de sus intervenciones, acerca de sus repercusiones sociales, colocándolos en posición de búsqueda y de duda frente a unos saberes todopoderosos. Posición de búsqueda frente al interrogante un tanto insoluble, acerca de ¿quienes somos? frente a la necesidad de decir algo del ser humano concreto, de aquel ser peculiar, complejo, capaz de lo peor y lo mejor, frágil y vulnerable en su dependencia de los otros, viviendo los conflictos que se desprenden de su insociable sociabilidad⁴. Posición de búsqueda que se opone a cualquier sentimiento de arrogante certeza. Actitud de indagación que incluye entonces, la posibilidad de tolerar la incertidumbre, el no saber, la impotencia; concibiendo el ejercicio profesional como un proceso ininterrumpido de desarrollo, de autoformación permanente, de cuestionamiento continuo; sin tampoco sucumbir frente al pesimismo o los posibles sentimientos de no estar nunca a la altura de las circunstancias. Porque en este sentido la ética requiere también de un relativo sentimiento de seguridad y confianza. ¿Cómo mantenernos a distancia de un optimismo simplificador o de un pesimismo inmovilizante? ¿Cómo no desmoralizarnos, cómo mantener la moral en alto?⁵.

La psicología tiene una responsabilidad particular, en cuanto a su posibilidad de generar una toma de conciencia,

acerca de los conceptos de persona o agente humano que sustentan distintas prácticas sociales, en el campo de la educación, de la salud, del trabajo. Nuestras sociedades mercantilizadas trafican con unas concepciones de ser humano que sirven a unos u otros intereses. La psicología tendría un papel importante, ayudando a develar estas concepciones y trabajando en dirección a restituir socialmente valores tales como la justicia, la solidaridad; si tenemos presente su peculiar posición en el panorama de las ciencias.

De forma particular en los contextos sociales en los cuales se inserta la psicología en el área de la salud y la educación, una competencia humana que resulta “clave” y de la cual nos hablan distintos investigadores del desarrollo, es la autonomía. Una autonomía relativa, pero no por ello menos importante⁶; competencia descrita y

⁶ En otro documento hemos hablado de una cierta aproximación que se puede hacer entre las teorizaciones de Piaget, Freud y Vygotski, a partir de los conceptos de heteronomía, moral superyóica y regulación externa. Los tres teorizan sobre una característica de la ontogénesis humana, en la cual tiene algún sentido hablar de las posibilidades de un cierto gobierno de sí mismo. Lo cual nos obliga a pensar, la socialización no sólo incluye el proceso de inscripción en unos contenidos culturales y la adopción de determinados fines, valores y creencias, que se expresan en sentimientos, juicios y comportamientos, incluye también de manera muy importante la posibilidad del ser humano de erigirse y reconocerse como constructor de unos criterios, incluye el desarrollo de una cierta toma de conciencia, una margen para la argumentación racional. Y llámese autonomía, o autorregulación o moral yóica, en distintos contextos teóricos, encontramos que la psicología ha teorizado sobre esta competencia específicamente humana.

⁴ Nos atrevemos a tomar aquí prestado el enunciado kantiano sobre esta particularidad de la condición humana.

⁵ Sentido de la moral al cual hace referencia Adela Cortina, Ob. cit.

reconstruida por la ciencia que pasa a convertirse en un valor que le da sentido a unas u otras prácticas profesionales; y que significa tener en cuenta que el paciente o el educando que tenemos frente a nosotros es un sujeto deliberante, participante, constructor y negociador de significados; que exige que se tenga en cuenta la necesidad de preservar espacios para su "implicación" en la búsqueda de soluciones, para responsabilizarse, para hacerse cargo de sí, para llevar a cabo sus diversos y plures proyectos de vida.

Desde este punto de vista, una de las tareas que nos exige la sociedad actual, desde el punto de vista ético es someter a una crítica permanente todos los intentos de cosificación y objetivación del ser humano, hechos a nombre de la ciencia y que colocan en primer plano las preguntas sobre el telos de las ciencias humanas, en un mundo conmocionado por los cambios y que tiende a perder de vista el horizonte ético de los actos humanos; y en el cual tomamos siempre partido ya sea por acción o por omisión.

La elaboración y deliberación acerca del sentido y finalidad de la psicología no puede ser sustituida por un código, una cátedra de ética o por una evaluación psicológica que defina quién puede ejercer como psicólogo, como algunos proponen. Las normas morales cuando son impuestas dan lugar a heteronomía y pueden generar autonomía si son fruto de la deliberación y la participación. Las normas morales obligan al sujeto en cuanto co-constructor o en tanto se permite apropiarse de ellas, del sentido que las sustenta, no en tanto generan una presión externa sobre el sujeto, como es el caso de los códigos jurídicos. Por esto son definitivas las condiciones y el proceso dentro del cual se construye y se trabaja un código de ética.

La ética no puede ser impuesta o inducida o elicitada por una presión exterior, la ética es redescubierta por cada uno, en el marco de su propia historia personal, bajo el peso de sus propias circunstancias y su propia heteronomía; surge en el seno mismo de unas prácticas sociales y posibilita una cierta dimensión de autonomía; se construye en lucha contra diversos obstáculos y resistencias individuales, institucionales y sociales.

La ética a la cual nos referimos no se puede confundir con un código ético o un deber ser impuesto desde el exterior o con unas normas generales que solucionarían las dudas frente a un quehacer. No se trata de desconocer el servicio que puede prestar un código de ética. Se trata de dudar que el código de ética pueda substituir la conciencia moral de cada cual; y entonces el código cumple un papel, pero teniendo en cuenta que una parte fundamental del problema ético se juega en los espacios curriculares y extracurriculares donde psicólogos en ejercicio y psicólogos en formación debaten sobre los supuestos con los cuales trabajan, debaten sobre los modos de hacer ciencia y de ser científicos y profesionales en una sociedad en crisis, avasallada por múltiples formas de violencia y atentados contra la dignidad humana Ψ